

EL DIFÍCIL TRÁNSITO DE LAS ninis chilenas

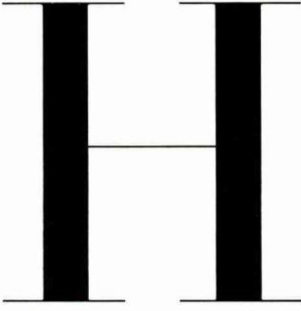
Tienen entre 15 y 29 años y se llaman nini porque ni estudian ni trabajan. Y no porque no quieran. La maternidad, el cuidado de la familia y los quehaceres de la casa les ocupan tiempo completo. No cuentan con redes de cuidado de sus hijos o no confían en las salas cuna. Saben que su situación debiera ser transitoria, pero se frustran. “De repente me siento un cacho para mi familia, necesito hacer algo productivo”, dicen.

POR KARIM GÁLVEZ.

JÓVENES QUE NO TRABAJAN NI ESTUDIAN ENTRE 15 Y 24 AÑOS

CHILE
(2009)





ace frío en Angol y Camila Ruiz, 21 años, está en su casa con su hijo, Lucas, de casi dos años. Hoy ha sido un día rutinario. Se levantó temprano para prepararle el desayuno a su pareja antes de que fuera a trabajar, hizo la leche de Lucas y luego se concentró en los quehaceres domésticos: hacer camas, barrer, sacudir, lavar ropa, preparar el almuerzo. En la tarde

llegó el turno del planchado, nuevamente la leche de Lucas, acompañarlo a jugar, y preparar la comida. No le sobró tiempo. Si tiene suerte, a veces revisa algunos de sus cuadernos del preuniversitario que tomó cuando estaba en tercero medio.

Camila, en general, tiene poco tiempo. Su hijo le exige dedicación total.

Camila es una de las jóvenes que en las encuestas se les ha llamado nini, porque ni estudia ni trabaja.

—Salí de cuarto medio y decidí

ponerme a trabajar para ahorrar plata antes de entrar a la universidad. Primero fui promotora, pero como no era muy fijo, entré a una pizzería.

Trabajaba 45 horas semanales, con descanso de un día. Ganaba 350 mil mensuales y al final del año logró ahorrar 780 mil. Ahí estuvo hasta noviembre, cuando supo que estaba embarazada y renunció. “Me desesperaba el olor de las pizzas”.

Luego de que naciera su hijo, una tía le ofreció su casa en el sur y allá se fue con su pareja, a principios del año pasado. Su pareja encontró un puesto como mecánico y Lucas entró a una sala cuna mientras ella buscaba un empleo. Dejó currículos en bancos,

librerías, pero sin resultado. "Acá no hay mucho trabajo". Durante ese primer mes, su hijo estuvo grave por un rotavirus, tuvo una recaída y en un mes bajó casi dos kilos.

—Casi se desnutrió en la sala cuna. No me puedo arriesgar a que mi hijo esté mal. Debo cuidarlo yo misma. Ha habido momentos en que me siento frustrada, mis amigos trabajan o estudian, algunos incluso ya se han titulado, pero mi vida se ha dado de otra manera.

Quiere dar la PSU a fin de año y estudiar técnico en enfermería.

—Mi pareja me apoya y mi familia también, y el próximo año el Lucas también va a estar más grande. Mi mamá también está viviendo en Angol, pero trabaja todo el día en repostería, entonces por ahora no tengo un familiar de confianza con quien dejar a mi hijo. Me siento en un período transitorio.



La Encuesta Casen de 2011 estima que el 16,4% de los jóvenes chilenos son nini. Tienen entre 15 y 29 años y se llaman nini porque no asisten a ningún establecimiento educacional y tampoco trabajan o no trabajaron a lo menos una hora la semana anterior ni lo buscaron. En concreto, hoy 766.000 jóvenes chilenos se encuentran en este tránsito.

Según datos recogidos por la Séptima Encuesta de la Juventud, de 2012, el 87% de estos jóvenes son mujeres, el 68% tiene hijos, el 57% pertenece a los grupos de menores ingresos y el 38% presenta educación secundaria incompleta.

Las cifras de la OIT difieren un poco. Basadas en estadísticas de 2009 y centradas en jóvenes entre 15 y 24 años, evidencian un 19% a nivel nacional; 13,9% correspondiente a hombres, y 24,1%, a mujeres.

En lo que hay total acuerdo en las cifras es que las mujeres son más nini que los hombres, un fenómeno que se repite a nivel latinoamericano. Según las estadísticas de la OIT, el 20,3% de hombres y mujeres entre 15 y 24 años en la región no trabaja ni estudia, siendo 12,1% hombres y 28,5%, mujeres.

Lo que destacan los expertos es que de ese alto porcentaje de mujeres, dos tercios se dedican a los quehaceres del hogar.

—Lo preocupante de la cifra es que demuestra que el machismo en Chile, incluso entre los jóvenes, está lejos de ser superado. En ellos aún se manifiesta la percepción cultural de que el hombre es el que trabaja y la mujer quien se dedica al cuidado de la casa y de los hijos —señala Nicolás Preuss, director del Injuv.

Gerhard Reinecke, especialista en políticas de empleo de OIT, destaca que los nini no están dedicados a

hacer nada. “Especialmente las mujeres, están atendiendo a hermanos menores, hijos, adultos mayores”. El experto despliega sus gráficos en su escritorio y los observa con detalle. Luego de un momento dice que el problema de estos jóvenes se presenta cuando deben insertarse laboralmente, porque no han ingresado a la educación terciaria o no cuentan con experiencia laboral.

A nivel mundial, la tasa de desempleo juvenil suele ser entre 2 y 5 veces más alta que la adulta y Chile no escapa a esta situación, pese a los bajos niveles de desempleo que ha presentado el país en los últimos años.

—Se suele explicar por dos grandes razones: la primera se relaciona con el período de transición que vive el joven. Es normal que transcurra un tiempo entre que termina su escolaridad y encuentra un empleo que calce con su calificación. Debe orientarse sobre cuáles son los empleos a los que puede acceder de forma realista y del mismo modo el empleador no siempre cuenta con información acerca de estos jóvenes. En segundo lugar, nos enfrentamos a un problema estructural que se relaciona con que el joven posee calificaciones ineficientes, o bien, no posee las que el empleador busca. Son personas que a la larga encontrarán un empleo, pero cuyo problema actual es la no adaptación a las necesidades del mercado laboral.

Muy pocos países escapan a esta realidad de desempleo juvenil: Austria, Alemania y los Países Bajos resultan una

excepción y ello se explica, según Gerhard Reinecke, por la enraizada existencia de un sistema de educación dual, en que los estudiantes combinan el aprendizaje en un lugar de formación con su práctica simultánea en una empresa.

—Así, el joven conoce el mundo de la empresa y el empleador las habilidades de este. Una vez certificada su formación, cerca del 60% se queda trabajando en la empresa.

La semana pasada, el Ministerio del Trabajo y Previsión Social lanzó el Plan de Capacitación e Inserción Laboral para jóvenes. Se trata de una capacitación en oficios demandados por los sectores productivos.

—Efectivamente se produce una brecha entre el egreso del joven y su incorporación al mundo del trabajo, en que no siempre hay puntos de encuentro. Por ello, con cursos que permitan la retención de los jóvenes ofreciéndoles facilidades como la disponibilidad territorial de modo que no deban hacer largos traslados, ayudarlos con las barreras naturales que implica el cuidado de los hijos y considerando aspectos motivacionales, podemos apoyar su acceso y permanencia en el mercado laboral. Sabemos que este es un grupo de alta deserción —dice Javiera Blanco, ministra del Trabajo y Previsión Social.



Carol Meza tiene 23 años. Tenía 17 cuando quedó embarazada de Anahiz. Abandonó las clases porque su embarazo se complicó y tuvo que hacer reposo.

Al año siguiente tomó cursos dos por uno y se graduó. Comenzó a buscar algún trabajo que pudiera compatibilizar con el cuidado de su hija. Sus hermanos trabajan y estudian y su mamá atiende un puesto en la feria de Bilbao.

Durante unos meses ejerció como promotora, cajera y vendedora de electrodomésticos con horario de *mall*. Siempre el problema era el mismo: quién cuidaba a Anahiz.

—Me iba en la mañana cuando mi hija estaba durmiendo y llegaba en la noche cuando ya se había acostado. Me complicaba quién iba a dejarla y a buscar al colegio. Me perdí muchas cosas. Ganaba el mínimo, pero era una forma de demostrar que podía ser independiente y que era capaz de aportar en la casa.

Decidió entonces que quería estudiar. Entró a contador auditor en un instituto profesional pagando 60 mil mensuales y en horario vespertino. Alcanzó a estar tres meses.

—Estudiar se me hizo más difícil porque requiere mucha concentración; los trabajos me resultaban muy complicados, los libros eran carísimos y me quedaba hasta las cuatro de la mañana estudiando, casi me enfermé.

Congeló pensando en buscar una carrera un poco más sencilla. Como el próximo año Anahiz entrará a primero básico y tendrá jornada completa, Carol optará por laboratorista dental, que dura dos años y medio, y ofrece horarios más accesibles.

—Por ahora no puedo dejar a mi hija. Además, me he dado cuenta de que tampoco contratan fácilmente cuando uno tiene hijos. Yo estuve en una tienda durante el período de Navidad, aprendí rápido, pero cuando llegó el verano mi jefe me dijo que no le convenía dejarme porque iba a empezar con los permisos para llevar a mi hija al doctor. Uno se bajonea porque se cierran las puertas. Mi mamá me apoya, pero está preocupada. Yo, de repente, me siento como un cacho para mi familia, frustrada,

con la necesidad de hacer algo productivo.



—Las expectativas de los jóvenes respecto de su futuro económico y la esperanza en relación a la calidad del empleo han crecido en Chile y las posibilidades reales de acceder a un empleo con salario decente no se condicionan siempre con esas expectativas. Muchas veces acceden a trabajos precarios, de alta rotación y transitorios. En ese choque entre

expectativas y posibilidades reales se genera una desesperanza que impacta su modo de percibir y experimentar la realidad y los niveles de satisfacción que genera.

Lo dice la psicóloga social Adriana Palacios, académica de Facultad de Psicología de la Universidad del Desarrollo, quien observa que los jóvenes terminan sintiendo que da lo mismo que trabajen y el esfuerzo que pongan porque los ingresos apenas les alcanzarán.

—Por otro lado, la promesa de

empleabilidad al egresar de cuarto medio tampoco les permite incorporarse a una sociedad de consumo, al no contar con las competencias suficientes para trabajos técnicos calificados.

En el caso de la mujer, pese a los cambios socioculturales, aún hay roles de género diferenciados, y además se inserta al mundo laboral de modo más precario, con menos sueldo, e incluso con jornadas de mayor exigencia.

—Habiendo esta sensación de precariedad y falta de oportunidades laborales y educacionales, muchas encuentran su espacio identitario en la crianza y el cuidado de la familia. Así resuelven transitoriamente el choque entre expectativas y oportunidades. La maternidad ocuparía en muchas jóvenes en situación de vulnerabilidad un espacio de sentido importante, no exento de contradicciones.

Si a ello se suma una demanda permanente de parte de la familia porque realice alguna actividad productiva, es deteriorante desde el punto de vista psicológico. Se impacta la autoestima.

Coincide con una etapa vital en que la joven se encuentra respondiendo la pregunta quién soy. Si bien muchas de estas respuestas están más o menos estructuradas, el éxito o el fracaso social es determinante.

—Por supuesto hay variables individuales, pero el ambiente en que el joven se relaciona y las posibilidades que tiene son muy importantes. Cobran relevancia las redes sociales y el soporte social de las personas.

Si, por ejemplo, el joven ejerce roles a nivel comunitario, religioso, artístico, político, probablemente se encuentra más protegido o tendrá una experiencia de sí mismo más positiva y le proveerá de mayores recursos para un mejor desenvolvimiento en el mercado laboral y educacional.

En la Fundación Portas conocen bien de este proceso. Fue creada en 2007 por tres profesionales que decidieron acompañar a recién

egresados de sectores vulnerables en su proceso universitario y posterior inserción laboral. Funcionan en una bien cuidada casa de los años 50, en la avenida Pedro de Valdivia. Ya en el *hall* se aprecia un mural con los avisos de cursos de comunicación efectiva, inglés, identidad personal, empleabilidad, una suerte de malla curricular paralela que incentiva la autoconfianza.

—Nos hemos dado cuenta de que los que mejor salen adelante son aquellos que han tenido durante su vida escolar algún profesor o profesional que les dice que son capaces. Muchos comienzan a darse cuenta de que pueden hacer lo que les gusta y no lo que les toca. Van descubriendo la capacidad de ver el sueño futuro —dice la psicóloga Francisca Egaña, directora ejecutiva de la fundación.

Como son estudiantes que viven en la línea de riesgo de caer en la pobreza, cualquier cambio de circunstancia los puede hacer tambalear.

—Generalmente pasa por el tema económico. Si el proveedor se queda sin trabajo, el joven congela la carrera. Otras veces se enfrentan a la enfermedad de un familiar o a un embarazo.

En el estudio “Vulnerabilidad y Oportunidades: Los Jóvenes Inactivos en Chile”, la académica de la Universidad Adolfo Ibáñez Andrea Repetto analiza los datos de la Encuesta de Previsión Social, un estudio longitudinal que permite hacer un seguimiento de los nini. Allí se revela la correlación entre nivel educacional del joven, el logrado por sus padres y el haber tenido un hijo antes de los 18 años, con la posición en la distribución del ingreso que se alcanza entre los 30 y 35 años.

—Ciertamente el análisis es simple y muestra la correlación entre esas variables y no causalidad. Aun así, revela que alcanzar mayores niveles de educación se correlaciona negativamente con la probabilidad de pertenecer a

los quintiles más bajos. Por otro lado, completar estudios superiores protege aún más del riesgo de caer en la vulnerabilidad.

Sin embargo, explica Andrea Repetto, dada la baja movilidad de ingresos que caracteriza a la sociedad chilena, es poco probable que una familia que pertenece a los primeros deciles suba a deciles más altos. La inactividad juvenil, añade la experta, es un fenómeno multicausal que incluye factores biológicos, familiares, sociales, económicos y del entorno.

—Por ello mismo, la política pública debe abordar una mirada multidisciplinaria que incluya aspectos de salud mental y reproductiva. Idealmente, debe comenzar temprano, y estar enlazada en un continuo de intervenciones complementarias que inviertan en el desarrollo del capital humano desde la gestación a la adolescencia.



Elizabeth Zaballa, 23, ha logrado mantenerse estudiando, pese a que no se le hace fácil con su hijo Lucas, de un año. Luego de ganarse una beca a la Usach a Ingeniería Ambiental, ahora se cambió a Tecnología en Alimentos, porque es una carrera más corta.

—El apoyo de mi familia ha sido importante, pero varias veces estoy con la duda de si sería mejor congelar para cuidar a mi hijo a tiempo completo. Va a la sala cuna pero ahora se enfermó de bronquitis y he faltado a clases. Me turno con mi pareja para cuidarlo, pero él también estudia; mi papá tiene una discapacidad visual y mi mamá es quien sale a trabajar todos los días. Soy obstinada y pienso que si no estudio, ¿qué le voy a poder ofrecer a mi hijo en el futuro?, pero vivo con el temor de seguir o no. He sufrido, he llorado, mi colon está horrible, pero no me puedo farrear esta oportunidad.

Su beca le cubre el arancel completo, pero se queja de que muchos jóvenes no estudian ni trabajan por falta de orientación.

—Desde que entré a enseñanza media me tomé en serio el NEM porque sabía que me podía abrir puertas. Era del cinco por ciento de mejor rendimiento en mi colegio y por eso se preocuparon de darme orientación de becas, pero a muchos de mis compañeros no les informaron y es injusto porque probablemente les habría alcanzado.

María de los Ángeles Fuentes, 25 años, egresó de cuarto medio con su título de técnico de Administración de Empresas. Hizo la práctica, pero luego no pudo encontrar trabajo en su especialidad. Fue cajera, vendedora puerta a puerta y en locales de comida rápida hasta que nació su hijo Leonardo, de un año, que fue planificado. Ahora está intentando desde su casa vender manualidades y tejidos a crochet. “Busco tener algún ingreso y un pasatiempo, pero se me ha hecho complicado”.

Su familia es de Chillán y está sola con su pareja en Santiago, que trabaja en construcción. “Soy casera y quisiera tener más hijos, pero también estudiar algo que me guste. La verdad es que recién ahora estoy teniendo un espacio y tiempo para pensar qué puedo hacer más adelante”. **ya**

MUJERES JÓVENES QUE NO ESTUDIAN NI TRABAJAN EN AMÉRICA LATINA



FUENTE: OIT (2009)

HAY MÁS MUJERES NINIS QUE HOMBRES.

LO PREOCUPANTE DE LAS CIFRAS, SEGÚN EL INJUV, ES QUE DEMUESTRAN QUE EL MACHISMO ESTA LEJOS DE SER SUPERADO.

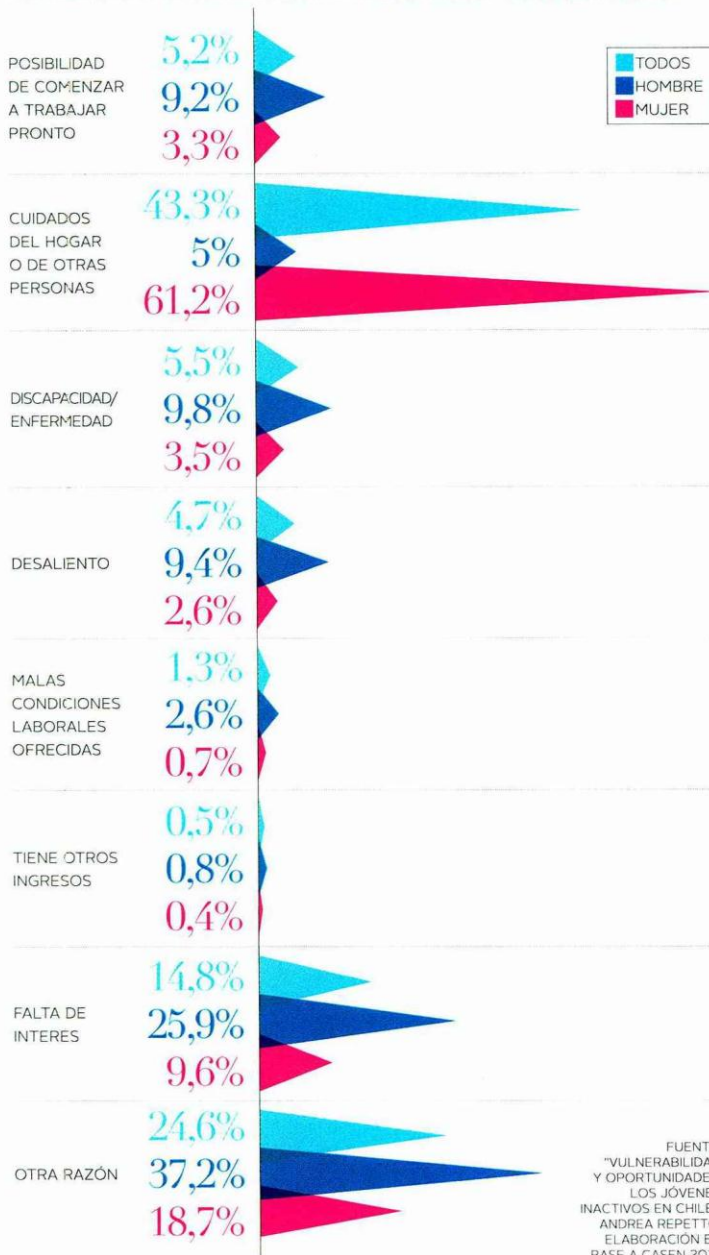


Elizabeth entró a Ingeniería. Cuando nació su hijo se cambió a una carrera más corta para poder cuidarlo.

MARIA JOSE VASQUEZ

“VARIAS VECES ESTOY CON LA DUDA DE SI SERIA MEJOR CONGELAR PARA CUIDAR A MI HIJO A TIEMPO COMPLETO. (...) VIVO CON EL TEMOR DE SEGUIR O NO”. ELIZABETH ZABALLA, 23 AÑOS.

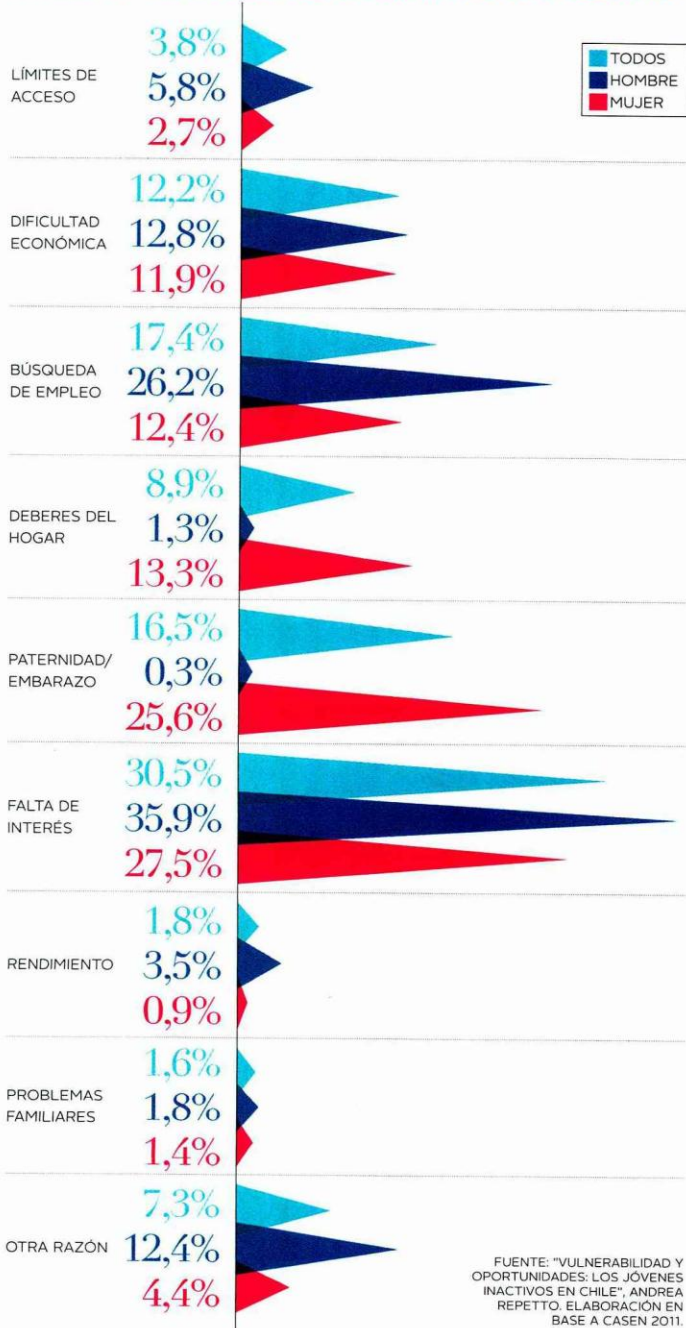
"NINIS" DE 15 A 24 AÑOS DE EDAD: RAZÓN PRINCIPAL PARA NO TRABAJAR



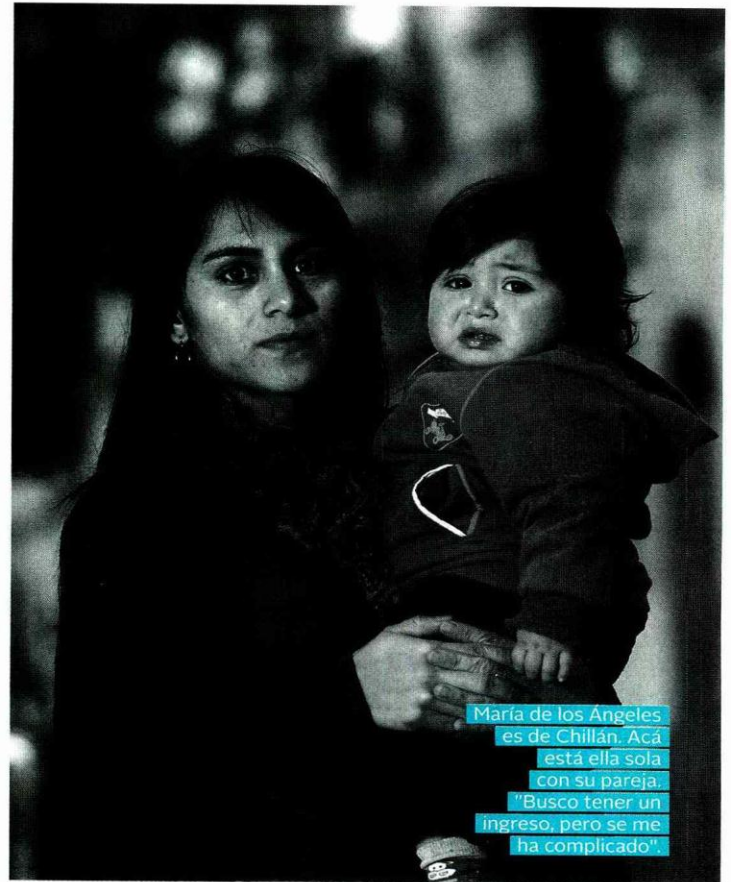
FUENTE:
"VULNERABILIDAD
Y OPORTUNIDADES:
LOS JOVENES
INACTIVOS EN CHILE",
ANDREA REPETTO,
ELABORACIÓN EN
BASE A CASEN 2011.

"LOS QUE MEJOR SALEN ADELANTE SON AQUELLOS QUE DURANTE SU VIDA ESCOLAR HAN TENIDO ALGUN PROFESOR O PROFESIONAL QUE LES DICE QUE SON CAPACES", ASEGURA LA DIRECTORA DE LA FUNDACIÓN PORTAS.

**"NINIS" DE 15 A 24 AÑOS DE EDAD:
RAZÓN PRINCIPAL PARA NO ESTUDIAR**



AUNQUE NO ESTUDIAN NI TRABAJAN, LOS NINIS NO ESTÁN DEDICADOS A HACER NADA. LAS MUJERES SUELEN ATENDER A HERMANOS MENORES, HIJOS O ADULTOS MAYORES, ASEGURA GERHARD REINECKE.



María de los Angeles es de Chillán. Acá está ella sola con su pareja. "Busco tener un ingreso, pero se me ha complicado".